

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2001)

José M. Martínez
Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2001
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** es médico psiquiatra en ejercicio desde 1979. Realiza además un valorado ministerio como conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado al mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es miembro del Consejo Directivo de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos y presidente de la Alianza Evangélica Española.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria y el ministerio oral (casetes) de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Email: info@pensamientocristiano.com

Los **libros** de José M. Martínez se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Amarillas Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasamarillascristianas.com>.

Índice

Abril 2001 - La cruz de Cristo en su perspectiva bíblica.....	3
Mayo 2001 - ¿Una imagen nueva para Jesús?.....	7
Junio 2001 - ¿Retrocedemos al tiempo de los jueces?.....	9
Julio 2001 - Aborrecidos de todos por causa de su nombre.....	12
Agosto 2001 - Fe y razón.....	15
Septiembre / Noviembre 2001 - Pilares de mi fe cristiana.....	18
Octubre 2001 - Cuando el mundo entero tiembla.....	24
Diciembre 2001 - ¿«...Y en la tierra paz?.....	27
Libros de José M. Martínez.....	31
Folletos de José M. Martínez.....	31

Copyright © 2001-2002, José M. Martínez

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

La cruz de Cristo en su perspectiva bíblica

Pocos objetos han sido tan desfigurados y mal interpretados como la cruz del Calvario. Para los judíos contemporáneos de Jesús fue *skándalon*, «piedra de tropiezo»; para los griegos, imbuidos de ideas filosóficas, *morías*, «locura». Parecía el colmo de los absurdos pensar que la salvación de la humanidad dependiera de la muerte de un crucificado, con todo lo que de repulsivo tenía tal forma de ejecución.

Al llegar la llamada Semana Santa, cada año vuelven a verse en muchos lugares manifestaciones religiosas que evidencian el escaso conocimiento que del significado de la cruz tienen aún gran número de personas. Apenas ver cómo las escenas más patéticas de la pasión y muerte del Salvador se reproducen teatralmente en impresionantes procesiones. En el menos deplorable de los casos, las imágenes conmueven los sentimientos de algunos espectadores; pero por lo general todo queda reducido a mero espectáculo. Como parte de éste suele verse algún penitente que participa de la procesión cargado con una voluminosa cruz de madera. Cree el hombre que con ese sacrificio contribuye a la expiación de sus pecados, con lo que evidencia su ignorancia respecto a una de las verdades fundamentales del Evangelio: sólo «la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7).

No sólo en Semana Santa, sino a lo largo de todo el año, muchas personas llevan colgada del cuello una crucecita de oro. Es difícil saber si ello obedece a un sentimiento religioso íntimo, a la tendencia a exhibir ornamentos o a superstición (en ese objeto suele verse un talismán protector). Esta última interpretación estaría en consonancia con la secular práctica del santiguarse; se piensa que hacer la señal de la cruz aleja toda clase de males, físicos y morales. Así, en el fondo, la cruz queda emparentada con la magia.

La amplia difusión de estos y otros errores hace necesaria una exposición del tema de la cruz. La amplitud del mismo nos obliga a presentarla muy resumidamente, casi sólo en forma de bosquejo.

I. La crucifixión de Cristo como hecho histórico

Cuando el Credo Apostólico afirma que Jesucristo «padeció bajo el poder de Poncio Pilatos» está destacando un evento histórico, lo que es altamente significativo. El cristianismo no descansa sobre ideas; no es mera teología. Se fundamenta en acontecimientos históricamente demostrables relativos a la vida y obra de Cristo: su nacimiento, su ministerio, su muerte, su resurrección. De todo ello nos dan cuenta los evangelistas en sus composiciones literarias (evangelios). Tales composiciones no son simple fruto del fervor de los autores, como algunos críticos han pensado. Es innegable que los evangelistas escribieron con corazones enardecidos por el recuerdo de Cristo, avivado por la acción del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que lo hicieron con la objetividad de testigos oculares (Mateo, Marcos y Juan) o con espíritu de investigador serio (Lucas, Lc. 1:1-3).

Sus narraciones nos presentan los hechos con gran realismo, particularmente los relativos a la pasión y muerte de Jesús. El juicio, la sentencia condenatoria y la ejecución se llevaron a efecto de acuerdo con las disposiciones jurídicas de Roma que conocemos por los historiadores. Aunque Jesús fue entregado al gobernador romano por las autoridades judías, fue Pilato quien tuvo la palabra final en el proceso. El factor determinante de su resolución fue la insistencia del Sanedrín en que Jesús era una amenaza para la estabilidad política del país: «Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí» (Lc. 23:5). Esta desfiguración malintencionada podía hacer pensar que tal vez Jesús era uno de los cabecillas del grupo subversivo de los zelotes (uno de los apóstoles había militado en sus filas -Mt. 10:4- y probablemente el Iscariote también). Además había dado a entender que él era el Mesías, el Rey de los judíos, y había recomendado la evasión fiscal del impuesto destinado a la hacienda del imperio. Ante estas insinuaciones, pese a sus dudas y a su

vacilación, Pilato finalmente «lo entregó a ellos para que fuese crucificado» (Jn. 19:16). Todos los detalles cuadran perfectamente con el marco histórico de aquella época. No debe haber, pues, dudas en cuanto a la veracidad de los evangelistas. La única dificultad acerca de lo relatado por ellos no es la relativa a su historicidad. Sería -y es- la interpretación del hecho histórico. ¿Qué significa la muerte de Cristo?

II. La cruz, meta de la vida de Jesús

No disponemos de datos que nos permitan deducir cuándo empezó Jesús a ser consciente de su identidad divina y de su misión en el mundo, aunque hubo de ser a edad muy temprana, pues ya a los doce años declaraba su necesidad de estar ocupado en los asuntos de su Padre (Lc. 2:41-49). Sí sabemos que pronto en los años de su ministerio público vio con claridad el final cruento de su vida (Mt. 16:21). La predicción de su muerte se repite, abierta o veladamente, en varias ocasiones (Mr. 10:38; Mt. 20:18; Lc. 12:50). A medida que se aproxima el desenlace de la pugna con los judíos incrédulos, Jesús habla de su «hora» (Jn. 12:23, 16:32), y poco antes de su detención en Getsemaní, declara: «La hora ha llegado» (Jn. 17:1), palabras que confirma tras su agonía en el huerto, cuando sus apresadores están a punto de aprehenderlo (Mt. 26:45; Mr. 14:41). Diríase que, más que cualquier otro hombre, Jesús nació para morir. Su vida entera discurrió bajo la sombra ominosa de la cruz.

Muchas personas alcanzan la edad madura y aún no saben qué sentido tiene su existencia. Y todas ignoran cuál será su futuro. El Señor Jesucristo tuvo una idea muy clara de su identidad y de su obra. No había venido a la tierra primordialmente para enseñar o para sanar enfermos; tampoco para impresionar al mundo con sus milagros. Había nacido para «morir». Todo lo demás en su vida fue accesorio. En su caso la muerte no fue el fin; fue la cumbre de su vida. En la cruz iba a consumarse la obra de Dios para la salvación de los hombres. De lo acontecido en el Gólgota dependería la reparación de las ruinas causadas por el pecado y la rehabilitación del ser humano, rebelde en su naturaleza caída, para la reconciliación con Dios y la participación en la gloria de su Reino.

III. Significado de la muerte de Cristo

El propio Señor Jesús fue muy consciente de que su muerte no sería un amargo fracaso, una tragedia irreparable que extinguiría las huellas de su paso por la historia. Siempre, detrás de la cruz, veía su resurrección (Mt. 16:21), el triunfo de una vida indestructible. Para él la cruz era la culminación de lo revelado en las Escrituras acerca del Mesías (Lc. 24:45-47). Sabía que era el Antitipo de numerosos tipos contenidos en el Antiguo Testamento: templo, fiestas, sacrificios, sacerdotes, reyes. Sobre todo, se veía a sí mismo como el *Ebed Yahveh*, el Siervo sufriente descrito en Is. 52 y 53 que había de «poner su vida en expiación por el pecado» (Is. 53:10). Jesús probablemente recordaba este texto cuando declaró que no había venido para ser servido, sino «para servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt. 20:28).

También los apóstoles entendieron y proclamaron el significado de la cruz. Su testimonio es unánime al destacar el carácter vicario, expiatorio y redentor de la muerte de Cristo (Ro. 4:25, 5:8, 8:32; 1 Co. 11:24; 2 Co. 5:14-15; Gá. 1:4, 2:21; Ef. 5:2; 1 P. 1:18-19; 1 Jn. 1:7; Ap. 1:5). Cristo fue el segundo Adán, quien puso fin a la transgresión y la condenación reportadas por el primer Adán para traer a los hombres la justificación de vida (Ro. 5:17). Este hecho nos lleva a considerar algunos aspectos importantes del mensaje de la cruz:

La universalidad del propósito salvífico de Dios. A lo largo de toda la Biblia se hace notar el carácter universalista del plan divino. En los albores del periodo patriarcal, Dios dice a Abraham: «En ti serán benditas todas las familias de la tierra» (Gn. 12:3). En el Nuevo Testamento se confirma esa promesa. Jesús confesó que tenía otras ovejas fuera del rebaño judío, a las que atraería para que oyeran su voz y se integraran en su redil. (Jn. 10:16). Ante unos griegos que deseaban verle, hace, en clara alusión a su muerte, una significativa revelación: «Si yo fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo (esto dijo dando a entender de qué muerte iba a morir)» (Jn. 12:32). Una de sus últimas declaraciones fue: «Así está escrito y así era necesario, que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones.» (Lc. 24:46-47). Pablo ratifica la universalidad del Evangelio (Gá. 3:28). Y Juan, en sus visiones apocalípticas ve, en compañía de Cristo, «el que nos amó y nos liberó de nuestros pecados con su muerte» (Ap. 1:5) «una multitud inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y palmas en sus manos.» (Ap. 7:9).

Paralelamente a la concepción universalista de la redención, nos descubre Pablo la *dimensión cósmica* de la obra reconciliadora de Cristo en su muerte (Col. 1:19-20). El propósito eterno de Dios era «restaurar todas las cosas en Cristo en la dispensación del cumplimiento de los tiempos» (Ef. 1:9-10) en el marco de una nueva creación. Sólo de este modo podían verse en su plenitud los efectos de lo acaecido en el Calvario.

IV. La cruz en la experiencia del creyente

La muerte de Jesús no es sólo un hecho histórico. Tiene una proyección profunda en la experiencia del cristiano. Pablo escribía a los gálatas: «Con Cristo estoy juntamente crucificado» (Gá. 2:20). Al decir esto piensa fundamentalmente en su *justificación* ante Dios, como se desprende de Gá. 2:21. Cristo en la cruz murió para expiar el pecado. Si yo estoy identificado con él en su muerte, quedo libre de condenación. En virtud de esa expiación, Dios me otorga su «justicia».

Pero hay más. En otro texto Pablo manifiesta que «fuimos sepultados juntamente con él para muerte por medio del bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida... Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él para que el cuerpo del pecado sea reducido a la impotencia, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Ro. 6:4-6). Aquí tenemos el secreto de la *santificación*. Es por la identificación con la muerte y la resurrección de Cristo que podemos vivir santamente

Comunión de sufrimientos juntamente con Cristo. Cuando Jesús anunció su muerte a sus discípulos los previno acerca del destino que les esperaba. Habían de estar dispuestos a tomar su cruz y seguirle, incluso a perder su vida por causa de él (Mt. 16:24-25). A Jacobo y Juan les dijo: «La copa que yo bebo, beberéis» (Mr. 10:39). Los siervos y discípulos no podían esperar mejor suerte que la de su Maestro y Señor. Si somos «coherederos con Cristo», es lógico «que padezcamos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.» (Ro. 8:17). Pero «lo que en este tiempo se padece no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada» (Ro. 8:18).

Liberación del temor a la muerte. Cristo se identificó con los hombres en su naturaleza humana, en el sufrimiento y en la muerte; participó de su «carne y sangre» para, «por medio de la muerte, destruir el poder del que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (He. 2:14-15). En esta realidad se fundamenta la esperanza cristiana.

El apóstol Pablo se nutrió siempre espiritualmente del mensaje de la cruz. Se extasió ante su grandiosidad y lo vivió en riquísima experiencia. No es de extrañar que exclamara: «¡Lejos sea de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.» (Gá. 6:14). ¿Podemos afirmar lo mismo nosotros? Sólo así podremos celebrar la Semana Santa dignamente.

José M. Martínez

¿Una imagen nueva para Jesús?

A finales de marzo algunos de los periódicos más prestigiosos de España reproducían una noticia cargada de sensacionalismo. La BBC de Londres ha preparado una serie televisiva titulada «El Hijo de Dios». Una de las principales preocupaciones de los productores ha sido presentar una imagen física de Jesucristo lo más cercana posible a la auténtica. Para ello se partió de un cráneo del siglo I hallado en un cementerio judío durante la construcción de una carretera en Jerusalén. El forense Richard Neave, de la Universidad de Manchester, sometió el cráneo a técnicas usadas para identificar a personas muertas y desfiguradas en circunstancias violentas. El resultado ha sido la imagen de un Cristo de pómulos y nariz prominentes, cabello rizado, ojos saltones y tez morena, como puede apreciarse en el grabado, bien diferente de la que los artistas han ofrecido hasta ahora en sus lienzos y esculturas. Tengo la impresión de que la nueva imagen, por sus rasgos poco atractivos, difícilmente inspirará el menor sentimiento de devoción al Hijo de Dios.

La nueva reproducción ha suscitado en mí una pregunta: ¿Qué han pretendido la BBC y el productor J. C. Bragard con su original descubrimiento? No juzgo intenciones ajenas, pero no puedo evitar cierta sospecha cuando en defensa de una proposición se alega con énfasis el uso de métodos científicos y de «las últimas tecnologías» como se ha hecho al presentar la imagen mencionada. Hoy los términos «ciencia» y «tecnología» encandilan a muchas mentes poco críticas que dan por verdadero todo lo que un científico pueda decir, pese a que los científicos serios son muy cautos en sus afirmaciones, siempre consideradas como provisionales, abiertas a la rectificación o incluso a ser abandonadas. Con fina ironía escribía el periodista Quim Monzó sobre el tema: «Vivimos en el imperio de la imagen y, con la ayuda de la informática, son posibles todos los juegos de manos. Si nadie pone freno, en un año son capaces de decidir las caras exactas de todos los personajes de la historia que estudiamos de niños. Y al primer descuido nos ofrecerán también nuestra imagen computerizada y descubriremos que nuestra auténtica cara no se parece en nada a la que vemos cada mañana en el espejo.» (La Vanguardia, 30 marzo). En cuanto al propósito de la obra, las palabras del productor Bragard son suficientemente iluminadoras cuando pronostica que la serie «pondrá en duda afirmaciones tanto de creyentes como de ateos». ¿Se trata, pues, a falta de finalidades más edificantes, simplemente de engendrar dudas? ¿O quizá sólo se busca aumentar la audiencia por los intereses comerciales que ello conlleva?

Expuesta la noticia, nuestro comentario inicial es bien simple: la imagen del rostro de Jesús nos tiene sin cuidado, pues lo que importa no es su apariencia física, sino su persona, su carácter y su obra. Una excesiva atención a lo corporal podría nublar su naturaleza divina y aminorar el componente espiritual de su obra redentora consumada en la cruz. Sin embargo, puestos a pensar en la posible cara del Salvador, saldremos beneficiados si la consideramos a la luz de los datos bíblicos, aunque no lleguemos nunca a obtener un retrato auténtico, ni siquiera aproximado.

Jesucristo, según los evangelios, fue el único hombre perfecto que ha habido en el mundo, totalmente exento de pecado. Esto nos permite pensar que en su rostro no podía haber ninguna de las señales de disipación que suelen verse en los de personas que han vivido sumidas en el vicio. Es verdad que las apariencias pueden engañar, pero generalmente se da por cierta la afirmación de que «la cara es el espejo del alma». En el caso de Jesús parece lógico pensar que su expresión facial había de mostrar las virtudes de su carácter, reflejo del de Dios. El apóstol Pablo decía que la gloria de Dios

resplandeció «en la faz de Jesucristo» (2 Co. 4:6). Consecuentemente, la expresión de la cara de Jesús revelaría la justa indignación que sintió al ver la «dureza de corazón» de sus incrédulos adversarios (Mr. 3:5) o el sacrilegio cometido por los mercaderes que en el templo habían convertido la casa de Dios en «cueva de ladrones» (Mt. 21:12-13). Pero igualmente nos sentimos movidos a ver a Cristo con cara de bondad inefable cuando invitaba a que los niños fueran a él, cuando perdonaba al paralítico o a la mujer pecadora, cuando sanaba a los enfermos, cuando restauraba a un Pedro apóstata arrepentido. A esto debe añadirse lo difícil que resulta imaginarse a Aquel que se veía a sí mismo como «manso y humilde de corazón» con expresión arrogante. Es más lógico pensar que su semblante acreditaba sus exhortaciones a la humildad. También parece innegable que el semblante de Cristo irradiaba serenidad. Aun en los momentos más difíciles de su vida no perdió la calma. Siempre reaccionó con sosiego, infundiendo tranquilidad y confianza a su alrededor. Así se puso de manifiesto cuando una tempestad hacía temer el naufragio de la barca en que viajaban él y sus apóstoles (Mt. 8:23-27). También en Getsemaní asombró su imperturbabilidad cuando se acercaba a él la cuadrilla que iba a prenderle (Mt. 26:47-56). ¿Y cuál no sería su semblante cuando pocas horas antes de su apresamiento dijo a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí» (Jn. 14:1) y «La paz os dejo, mi paz os doy... no se turbe vuestro corazón ni tenga miedo» (Jn. 14:27).

Parte esencial de la cara de una persona son los ojos. ¿Qué diremos de los de Jesús? ¿Eran azules, verdes, castaños? No importa el color. Lo importante es descubrir en ellos el poder de su mirada amorosa, poder que conmovió el ánimo del joven rico, incapaz de seguir al Maestro por el peso de sus riquezas (Mr. 10:17-22). Fue la mirada de Jesús lo que atravesó la conciencia de Pedro, que le había negado tres veces (Lc. 22:61-62). Para mí lo más impresionante es que el rostro de Cristo más de una vez fue regado con lágrimas: a la vista de Jerusalén, la ciudad rebelde contra el Enviado de Dios (Lc. 19:41), y ante la tumba de Lázaro (Jn. 11:35). En el primer caso lloraba por lo trágico que resulta oponerse a la verdad divina encarnada en Cristo. En el segundo, por el dolor humano experimentado ante la muerte. También lloró en Getsemaní (He. 5:7), abrumado por el peso del pecado humano que había de llevar sobre sí a la cruz.

De este modo se reproduce en mi imaginación y en lo más profundo de mi ser la imagen del Señor Jesucristo. Su rostro me habla de rectitud moral, de santa y sana intransigencia respecto al pecado. Pero también de amor, de perdón, de amistad inmerecida (amigo de publicanos y pecadores que no titubea en alojarse en la casa de cualquier Zaqueo). Y, a la vista de tal imagen, agradecido alabo a Dios, porque, en el curso de la historia, un día envió a su Hijo para ser el Salvador del mundo. ¡Mi Salvador!

Con eso tengo suficiente. Al fin y al cabo, «por fe andamos, no por vista» (2 Co. 5:7). Pero al mismo tiempo, por fe, contemplo con gozo el día en que veré a Cristo «tal como es» (1 Jn. 3:2), pues en los cielos nuevos, «sus siervos le servirán, y verán su rostro» (Ap. 22:3-4), sin duda tan resplandeciente y glorioso como el que tres apóstoles vieron en el monte de la transfiguración (Mt. 17:2). En esa esperanza vivo y procuro servir a mi Señor.

José M. Martínez

¿Retrocedemos al tiempo de los jueces?

La autoridad bíblica frente a la ética permisiva

Un texto sombrío que aparece reiteradamente en el libro de los Jueces (Antiguo Testamento) describe magistralmente la situación político-social y religiosa en la época transcurrida desde la muerte de Josué hasta el establecimiento de la monarquía hebrea: «En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía recto» (Jue. 17:6; Jue. 18:1; Jue. 21:25).

Durante el liderazgo de Moisés y Josué se reconocía la autoridad de éstos como representantes de Dios, por lo que su palabra tenía fuerza de ley. Desaparecidos ambos líderes del escenario histórico, sobrevino la anarquía. Cada israelita creía bastarse a sí mismo para determinar lo bueno y ordenar su conducta. Su opinión personal era su norma de vida. No tardó Israel en caer en las más variadas aberraciones y en formas inusitadas de perversión. El texto sagrado ha recogido algunos ejemplos: la idolatría (Jue. 2:11-12), la violencia política, puesta de manifiesto en la conducta de Abimelec (Jue. cap. 9), la religiosidad deshumanizada (Jue. 11:19-40), la intemperancia (ejemplo de Sansón, Jue. cap. 14-16), perversión sexual extrema (Jue. cap. 19), conductas fratricidas (Jue. cap. 20).

Muchos dirán que aquellos tiempos distan mucho de nosotros. Vivimos en el siglo XXI y la humanidad disfruta de los beneficios de una civilización avanzada. Pero tal afirmación no puede hacerse sin grandes reservas. El siglo XX ha visto ciertamente grandes avances científicos y tecnológicos, fuente de mayor bienestar; pero también ha registrado los episodios más estremecedores de la historia: dos guerras mundiales con millones de muertos, campos de concentración y exterminio, genocidios, a lo que todavía hoy puede añadirse la conculcación de los derechos humanos más fundamentales en muchos países. Moralmente la humanidad no ha progresado. Más bien parece que retrocede hacia la selva. El individualismo egoísta busca por encima de todo el goce y el beneficio propios, sin reparar en la licitud moral de los medios que se emplean para lograrlos.

Ese individualismo va de la mano con la autoafirmación de la persona y un concepto de libertad equivocado. Se pretende vivir con todos los derechos y con muy pocas obligaciones. La norma de conducta es la dictada por el criterio personal de cada individuo, dominado por una corriente impetuosa de permisividad. De ello se derivan la mayoría de anomalías sociales como la ruptura del vínculo matrimonial por motivos leves, el conflicto entre padres e hijos, la hostilidad de alumnos frente al profesor, la colisión de empresa y empleados, la lucha de todos contra todos para alcanzar una mejor situación. La competitividad se ha extendido a todos los niveles y el lema más generalizado en la sociedad actual es «triunfar, sea como sea». No importa que el triunfo se obtenga perjudicando a otros menos dotados. Así prevalece la ley del más fuerte, que es la ley de la selva.

Un análisis del comportamiento social a lo largo de los siglos nos muestra que la sociedad de hoy no es en el fondo muy diferente de la de tiempos pasados. La tendencia a la autonomía individualista y a la permisividad es tan antigua como la raza humana. El libro del Génesis nos revela que Dios creó al hombre a su imagen, aunque sometido al orden sabio y benéfico que debía mantenerse entre criatura y Creador. Sin embargo, Adán rechazó la soberanía divina. No tenía suficiente con ser semejante a Dios. Él mismo quería ser Dios. Y se rebeló contra Aquel a quien debía la existencia. Desde entonces el hombre, en su naturaleza caída, ha ignorado la autoridad de Dios, ha menospreciado sus leyes y ha tratado de imponer las suyas propias («autonomía» en el sentido etimológico, de *autós*, propio, mismo, y *nómos*, ley). A falta de una autoridad objetiva superior, el legislador humano no se rige generalmente por criterios éticos claros, sino que suele ceder a las presiones de la masa social. En los países democráticos no puede dejar de pensar en las próximas elecciones. La gran preocupación en muchos casos no es legislar lo justo, sino complacer al mayor número posible de electores, especialmente a los más ruidosos. Así han sido y van siendo aprobadas por diferentes parlamentos occidentales leyes que autorizan el aborto (primeramente de modo restringido, en determinados

supuestos; después, prácticamente «libre»), el reconocimiento de las parejas de hecho (incluidas las de homosexuales), la eutanasia activa. Masivamente la sociedad ha aprobado una permisividad sexual casi sin límites. Hablar hoy de castidad, de santidad del matrimonio o de cosas por el estilo es en opinión de la mayoría, una ridiculez. Y conceptos como respeto, autodisciplina o responsabilidad en el modo de vivir la sexualidad son fósiles residuales del nacionalcatolicismo.

No cabe en el limitado espacio de este artículo considerar los males derivados de la permisividad sin freno. Sólo a modo de ejemplo puede mencionarse el de los embarazos no deseados de mujeres solteras, generalmente compelidas a abortar. Muchos hoy creen ver resuelto el problema con la controvertida «píldora del día después», que, en opinión de muchos especialistas, no deja de ser la destrucción de una vida humana en su génesis, es decir, un aborto. No parece que sean más recomendables las posturas «progresistas» respecto a las cuestiones arriba mencionadas. Los efectos a medio plazo de la ética permisiva actual sólo el tiempo los revelará.

Frente a la situación descrita, la Iglesia tiene el deber de hacer oír su voz profética proclamando a oídos del mundo la buena nueva y las leyes del reino de Dios. Pero tiene otra responsabilidad no menos urgente: la de instruir a sus miembros en el conocimiento de la ética cristiana. Teóricamente sabemos que la Iglesia es pueblo de Dios, a cuya autoridad ha de estar sometida. También sabemos que la voluntad de Dios está revelada en su Palabra y que la autenticidad de la fe cristiana se evidencia por la obediencia a sus enseñanzas. Jesús dijo: «El que me ama, mi palabra guardará» (Jn. 14:23). Y como la palabra de Cristo, palabra de Dios, llega a nosotros a través de la Sagrada Escritura, los criterios sobre cuestiones éticas deben establecerse siguiendo la enseñanza bíblica. Reconocer la autoridad de Dios implica un reconocimiento de la autoridad de la Biblia, fuente inmediata de la revelación. Esta ha sido la creencia tradicional de las iglesias protestantes desde la Reforma del siglo XVI (*Sola Scriptura*).

Sin embargo, hoy, en el seno de iglesias protestantes, no pocos de sus miembros prescinden de la orientación bíblica y asumen los mismos criterios éticos que predominan en la sociedad secularizada del mundo occidental, ampliamente difundidos por los medios de comunicación. Según una encuesta de la Alianza Evangélica inglesa, publicada por *Religion Today* e *ICPress*, «el 33 por ciento de los jóvenes evangélicos de Gran Bretaña acepta como correcta la convivencia prematrimonial. El 10 por ciento considera aceptable el hurto de artículos pequeños, y la tercera parte declara que a veces es necesario el uso de la mentira.» Probablemente algo parecido, aunque con variaciones en los porcentajes, podría decirse respecto a los jóvenes evangélicos en Alemania y otros países europeos (cabe pensar que entre esos países también está España). Análoga tolerancia permisiva -o dudas serias- se observa en los temas del aborto, de la homosexualidad e incluso de la eutanasia activa.

Los datos son hondamente inquietantes, pues si prescindimos de la autoridad de la Biblia en cuestiones de ética, y actuamos siguiendo nuestro propio criterio, estamos imitando a aquellos israelitas contemporáneos de los jueces cuando «cada uno hacía lo que le parecía recto» y exponiéndonos a los males de una autonomía que suele degenerar en formas de comportamiento antinaturales. Las razones que apoyan la autoridad de la Escritura no son sólo teológicas; fundamentalmente coinciden con motivos de orden natural. Y no se diga que la Biblia fue escrita por hombres que vivieron en una época arcaica, en circunstancias del todo diferentes de las nuestras; que, por consiguiente, las normas éticas de aquel entonces no pueden aplicarse al hombre del siglo XXI. En el fondo, la sociedad de nuestros días, desde el punto de vista moral, se diferencia muy poco de la de tiempos bíblicos: las mismas ambiciones, semejante agresividad (sin duda más destructiva), la misma intemperancia frente a los apetitos sensuales, análoga indiferencia hacia las necesidades y los derechos del prójimo.

Pero existe otro peligro cuando privamos a la Biblia de autoridad para decidir cuestiones morales. En tal caso, y en buena lógica, no hay motivos para reconocerle autoridad en ninguna otra cuestión. Si se rechazan, por ejemplo, el decálogo, el sermón de la montaña y las restantes normas éticas del Nuevo Testamento, ¿se puede consistentemente dar por válidas las enseñanzas relativas a la gracia de Dios, a la obra redentora de Cristo y la salvación? Queramos o no; nos guste o no nos guste, la suplantación de la ética de la Escritura por criterios nacidos del secularismo y la permisividad equivale a socavar los cimientos de la fe cristiana. Un creyente que quiera ser fiel a la Palabra de Dios no puede permitirse tal licencia.

Por otro lado, en nuestras iglesias evangélicas se sobreentiende que todos sus miembros han ingresado por convicción y decisión propia y que se comprometen a no sólo a respetar sino también a asumir su declaración de fe y las normas de conducta que tal iglesia reconoce como derivadas de la Palabra de Dios. Si en algún momento uno de ellos está en desacuerdo con esa confesión de fe y con esas normas y actúa en conformidad con sus ideas particulares, lo coherente no es limitarse a proclamar su discrepancia, sino revisarla a fondo con ayuda pastoral a fin de superarla, y, en caso de seguir manteniéndola, salir noblemente de la comunidad de modo tan voluntario como cuando entró.

Ni hoy ni nunca puede haber un cristiano que piense y obre como si no hubiese «rey en Israel». ¡Lo hay! Es el Rey de reyes. Y «su palabra permanece para siempre» (1 P. 1:23).

José M. Martínez

Aborrecidos de todos por causa de su nombre

La predicción de Jesús recogida por el evangelista (Mt. 10:22) no podía tener un cumplimiento más literal. Ni más amplio. Los cristianos han sido objeto de aborrecimiento y persecución en todos los tiempos, incluido el nuestro. Históricamente la Iglesia surgió del odio judío que llevó a su fundador al patíbulo de una cruz. Fortalecidos por el triunfo de su resurrección y por la acción confortadora del Espíritu Santo, los discípulos no cesaron de predicar a Cristo, lo que provocó contra ellos una reacción violenta de las autoridades de Jerusalén. Pronto los nombres de Esteban y Jacobo encabezaban la interminable lista de mártires que ha tenido la Iglesia.

A medida que el cristianismo fue extendiéndose en el imperio romano, las persecuciones fueron generalizándose. Aunque algunos emperadores fueron tolerantes para con los cristianos, otros los persiguieron, dos con saña infernal. Nerón los usó como chivo expiatorio para encubrir su responsabilidad en el incendio de Roma y como teas ardientes para iluminar por la noche los jardines de su palacio. Diocleciano planeó minuciosamente su estrategia para acabar con la fe cristiana: demolición de los lugares de culto y destrucción de todas las copias de las Sagradas Escrituras. A esta acción de las autoridades romanas se unía el fanatismo violento de un pueblo ignorante y fanático que a menudo atizó los fuegos de la oposición. Con todo, la Iglesia creció asombrosamente. Al final de este periodo se había demostrado que, como dijera Tertuliano, «la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia».

No cesaron definitivamente las persecuciones con la «conversión» de Constantino y la instauración del cristianismo como religión oficial del imperio en días de Teodosio. Con el transcurso del tiempo, la Iglesia, originalmente perseguida, se tornó perseguidora. Las cruzadas contra valdenses y albigenses y los excesos cruentos de la Inquisición son testimonio dramático de ello. Y bien sabido es que en países de mayoría católica la intolerancia religiosa y la opresión de las minorías disidentes ha tenido un encono singular. Algo parecido se ha visto -y se ve aún- donde la Iglesia Ortodoxa es mayoritaria y está encumbrada en las alturas del poder. Todavía en nuestros días los evangélicos en Grecia o en Rusia tienen serios problemas con las autoridades en el desarrollo de su obra. ¿Y qué diremos de la persecución de los cristianos auténticos bajo el régimen nazi o en los países comunistas? Vejeciones, torturas, cárceles, campos de concentración, reclusión en «clínicas» psiquiátricas, muerte han sido la experiencia de muchos creyentes en la segunda mitad del siglo XX. No es menor la prueba de los cristianos -particularmente de los evangélicos- en países de mayoría islámica o budista, como puede verse en el apéndice informativo al pie de este artículo.

Pero el aborrecimiento sufrido por los seguidores de Cristo hoy tiene en muchos lugares otras manifestaciones. No se les somete a violencia física, pero sí al desprecio y a una oposición tan ruda como intolerante. La sociedad de nuestros días está dominada por el relativismo, el pluralismo, el hedonismo y la permisividad. No se reconocen ni verdades ni valores absolutos. Lo que denota ideas avanzadas es la actitud de tolerarlo todo, respetar las opiniones y los patrones de conducta que cada uno adopte en el ejercicio de una libertad casi absoluta. Algunos de estos comportamientos incluso se justifican aunque no se asuman personalmente. Oponerse a esta mentalidad aduciendo razones religiosas es -se dice- señal inequívoca de oscurantismo, lo que provoca un alud de calificativos peyorativos. Quienes se sitúan en esa posición son retrógrados, fundamentalistas, reaccionarios, carcas, talibanes, poco más que subnormales, víctimas de una mente enfermiza. En este grupo son colocados frecuentemente los creyentes que reconocen a Cristo como Verdad absoluta y su Palabra como revelación de Dios, normativa, con plena autoridad para determinar el comportamiento ético.

Lo más grave es que esa corriente de pensamiento, a modo de quinta columna, se ha introducido en la Iglesia cristiana. En no pocos lugares ésta ha adoptado las «formas» de este mundo, contrariamente a la recomendación apostólica (Ro. 12:2). No es de extrañar que en vez de ver una Iglesia renovada se vea a menudo una Iglesia envejecida y arrugada. La claudicación de muchos cristianos ante las presiones ideológicas de la sociedad, avasalladoramente aumentadas por los medios de comunicación, ¿no será debida a un instinto que nos lleva a huir del reproche y la humillación? No es fácil soportar el vituperio por causa de Cristo. No lo ha sido nunca. Pero la capacidad de aguante muestra la calidad de nuestra fe.

Tenía razón Lutero cuando presentaba el Evangelio en la perspectiva de una *theologia crucis*, teología de la cruz, en contraste con la *theologia gloriae*, teología de la gloria, tan acariciada por quienes tienen una visión triunfalista de la Iglesia. En su día Moisés renunció a la gloria de la corte faraónica y escogió «ser maltratado con el pueblo de Dios» prefiriendo el sufrimiento al honor y el placer que su encumbrada posición en Egipto le proporcionaba (He. 11:24-27). El señor Jesucristo no dejó lugar a dudas. No sólo dijo: «Seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre». Añadió sentenciosamente: «El que no toma su cruz y sigue en pos de mí no es digno de mí.» (Mt. 10:38).

Apéndice informativo

Ofrecemos a nuestros lectores un resumen de noticias recientes facilitadas por la Comisión de Libertad Religiosa de la Alianza Evangélica Mundial sobre la persecución religiosa que en nuestros días todavía tiene lugar en diferentes países del mundo:

La Unión Europea ha denunciado violaciones del derecho de libertad religiosa en los siguientes países: *Turkmenistán, Uzbekistán, Arabia Saudí, Afganistán, India y Pakistán*.(podría añadirse China)

En **Sri Lanka** (Ceilán) grupos de fanáticos budistas han hecho declaraciones amenazantes contra las iglesias evangélicas, acusadas de convertir a la fe cristiana a los habitantes de zonas remotas «mediante métodos coercitivos y bárbaros». Tal acusación es una calumnia, pero inflama los ánimos de los más exaltados, que atacan violentamente las iglesias. Un ejemplo: el domingo, 18 de febrero del año en curso, un grupo de extremistas, armado de porras y machetes, interrumpió brutalmente el culto de una iglesia cristiana en el distrito de Hingurangoda. Los asaltantes amenazaron a los fieles si continuaban asistiendo a la iglesia y predicando el Evangelio. Uno de los líderes de la iglesia fue conducido a un templo budista de la localidad y golpeado gravemente.

En **Laos** la persecución religiosa es promovida por el propio gobierno de la nación. En los últimos años los protestantes han sido blanco de su agresividad. En 1999 el régimen comunista laosiano declaró el cristianismo «el enemigo número uno del estado». Y en el 2000 la Alianza Evangélica Mundial obtuvo varias copias del formulario usado por las autoridades comunistas para forzar a los conversos cristianos a abjurar del cristianismo y jurar lealtad al estado. La pena que se impone a quien se niega a ello es un tiempo indeterminado de duro encarcelamiento en condiciones extremadamente difíciles y miserables. El año pasado había alrededor de 60 cristianos encarcelados.

No menos adversa es la situación en **Corea del Norte**. Según un informe del *Washington Post* (10.04.2001), las condiciones de clandestinidad en que se desenvuelve la obra evangélica la hacen sumamente difícil, aunque no infructuosa. Antes de la partición había en el norte 3.000 iglesias; pero tras el triunfo comunista el gobierno cerró la mayoría de ellas. En la Corea septentrional la mayor parte de iglesias locales forman

parte de lo que se conoce como «Iglesia subterránea», no registrada oficialmente. Las «registradas» son pocas, y el gobierno las usa para su propaganda en el mundo exterior. Incluso, a fin de ofrecer una cara amable, las autoridades suelen invitar a sus cultos a los líderes eclesiásticos occidentales que visitan la capital. También se ha reabierto un seminario con 12 estudiantes. El edificio es toda una alegoría. Al entrar, puede verse un cuadro con la imagen de Jesús a un lado. En frente, en el lugar más prominente, se ven los retratos obligatorios de Kim Il Sung y Kim Jong Il. Se nos ocurre una pregunta: ¿quién dirige la formación religiosa de los estudiantes, Jesús o los líderes comunistas?

Se calcula que unos 6.000 cristianos, a causa de su fe, están reclusos en cárceles norcoreanas, con pocas esperanzas de liberación.

En el continente hispanoamericano, azotado por convulsiones políticas, también son muchos los creyentes que sufren alguna forma de oposición violenta, a pesar de que en la mayoría de países constitucionalmente se reconoce y defiende el respeto a la libertad religiosa. En **México** (en el estado de Chiapas), a pesar de la actitud del gobierno -que defiende abiertamente la tolerancia y las buenas relaciones intrerreligiosas- y del obispo católico Arizmendi Esquivel, los evangélicos son objeto de graves vejámenes por parte de católicos fanáticos. Considerados como protestantes, los adventistas han sufrido últimamente una auténtica persecución. Veinticinco familias, con un total de 138 personas, fueron obligadas a abandonar sus hogares en el pueblo de Justo Sierra. Según *Nuevo Siglo*, revista del Consejo Latinoamericano de Iglesias, en uno de los templos adventistas los creyentes fueron atacados con palos y a golpes el 23 de febrero último. *Nuevo Siglo* añade: «Los indígenas evangélicos del sureño estado de Chiapas, que constituyen la tercera parte de la población del estado, sufren desde hace tres décadas la persecución por parte de los tradicionalistas católicos y de los "caciques" locales... Miles de evangélicos han tenido que abandonar sus aldeas y refugiarse en las ciudades.» (Núm. Abril 2001).

Los ejemplos reseñados no son una exposición exhaustiva de la persecución contra los cristianos evangélicos (en algunos países también contra otras confesiones). Podrían añadirse otros casos. Casi semanalmente se reciben noticias relativas a nuevos casos de intolerancia religiosa. Pero los mencionados son suficientes para ver que cientos de miles de hermanos nuestros están sufriendo en muchos países el «aborrecimiento» y las más variadas formas de agresión a causa de su fe. La Alianza Evangélica Mundial ha hecho bien en pedir a las iglesias evangélicas de todo el mundo que dediquen un domingo al año para orar especialmente por la Iglesia perseguida. La propuesta es digna de ser puesta en práctica, y no sólo un domingo al año. Sin olvidar lo señalado en el artículo: que los cristianos que vivimos en países democráticos en los cuales más o menos se respeta la libertad religiosa también somos aborrecidos por amplios sectores de una sociedad que presiona fuertemente contra la fe y la ética cristianas.

José M. Martínez

Fe y razón

Me pregunto si no será temeridad el intento de abordar el tema en un artículo que forzosamente ha de ser más bien breve. Toda simplificación de los conceptos inevitablemente produce lagunas, incluso desfiguraciones. Pese a ello, algunas consideraciones elementales sobre ambos conceptos me parecen una necesidad. Sigue habiendo multitud de personas que se sienten turbadas ante la relación fe-razón. Ven esa relación como antagónico enfrentamiento, como una disyuntiva inevitable: «O la fe o la razón». La consecuencia es que una de las dos sucumbe ante la fuerza de la otra, con lo cual se produce un empobrecimiento, y quizá una turbación mayor. No se les ocurre a tales personas que la conjunción no necesariamente ha de ser disyuntiva. Puede ser copulativa, como en el título; no fe **o** razón, sino fe **y** razón. No contraposición excluyente, sino complementariedad armonizadora.

La primera dificultad con que tropezamos es que los conceptos (razón y fe) son imprecisos y polivalentes. Ello nos obliga a concretar el significado de ambos y a observar sus efectos, especialmente en la experiencia religiosa.

La razón

La Real Academia de la Lengua define la razón como la «facultad de discurrir», y «discurrir» (en su 4ª acepción) como «reflexionar, pensar, hablar acerca de una cosa, aplicar la inteligencia». Puede concretarse más diciendo que es la capacidad del intelecto humano para desarrollar una actividad mental organizada mediante la asociación de ideas, la inducción y la deducción de inferencias. Es precisamente esta facultad lo que distingue al ser humano del resto de animales. En la perspectiva cristiana es vista la razón como uno de los dones más preciados otorgados al hombre por el Creador. No puede, pues, ser menospreciada, y menos aún anatematizada. Sin embargo, cuando es elevada a la categoría de árbitro incuestionable en el campo del pensamiento se cae en el racionalismo, doctrina según la cual el único órgano adecuado o completo de conocimiento es la razón. En la esfera del pensamiento sólo importa lo que puede ser demostrado, con lo que se descarta toda religión subjetiva.

En el curso de los últimos siglos el racionalismo ha ido evolucionando hacia formas que han trascendido el mundo de las ideas y de la lógica (empirismo, positivismo, existencialismo, cientificismo, etc.), pero subsiste el apego a lo demostrable. De ahí el arraigo del escepticismo, el agnosticismo o incluso el ateísmo en la sociedad de nuestros días. En el proceso se ha puesto de manifiesto que el racionalismo en cualquiera de sus formas yerra en su metodología cuando intenta aplicarlo al fenómeno religioso, pues los elementos esenciales de éste trascienden los límites de la razón. Ningún argumento racional puede probar la Trinidad de Dios, ni la encarnación de su Hijo eterno, ni el misterio de su muerte, ni lo cierto de la vida eterna. Pero de igual modo ningún silogismo puede probar lo contrario. Pretender que la razón tenga la última palabra en cuestiones que escapan a su dominio sería como querer sacar el agua de un estanque con una excavadora. Esta máquina es maravillosa para extraer tierra y rocas, pero no para sustituir a una bomba hidráulica. En la búsqueda de la verdad debe tenerse en cuenta que, según el tipo de verdad, debe escogerse el método para alcanzarla. No desvariaba Pascal cuando se refería a «razones que la razón no comprende».

Por otro lado, no se debe descartar la posibilidad de que, como señala la Biblia, la capacidad racional del hombre haya sufrido un serio deterioro a causa de la caída humana y el alejamiento de Dios. En palabras del apóstol Pablo, «(los hombres) se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido» (Ro. 1:21). Por lo general, el ateísmo o cualquier otra forma de rechazo de la fe cristiana no se debe

tanto a razonamientos equilibrados como a modas de pensamiento o a motivos morales. La mayoría de personas no rechazan el Evangelio porque sea irrazonable, sino porque les disgustan las implicaciones de su mensaje. Aceptarlo pondría fin al «vive como quieras» que ha presidido su conducta.

Resumiendo lo concerniente a la razón: es una facultad preciosa que toda persona debe usar. No es sensato minusvalorarla alegando una superior espiritualidad. John Stott acuñó una frase luminosa: «Creer es también pensar». Pero, por otro lado, la razón, magnífica sierva, no puede convertirse en señora que domine absolutistamente todas las áreas del pensamiento. En el plano religioso no puede prescindir desdeñosamente de la fe, que también tiene mucho de razonable. Posiblemente sobre la razonabilidad de la fe cristiana escribiré en algún artículo próximo si Dios lo permite. Ahora me limitaré a completar el presente «tema» con el elemento que nos queda por considerar:

La fe

Se dice que nadie puede vivir sin fe de algún tipo. Cierto. Si subo a un avión para desplazarme a un determinado lugar es porque CREO que la perfección técnica del aparato y la pericia del piloto hacen que el vuelo, con muchas probabilidades, se realizará normalmente. Si estoy enfermo y me pongo en manos de un médico es porque CREO que sus conocimientos pueden contribuir a mi curación. Pero el verbo «creer» -al menos en el léxico cristiano- tiene un sentido más profundo. Es expresión no sólo de una creencia, sino de una experiencia religiosa. Es fe en Dios, en Cristo, en su Palabra. Determina mis ideas, pero también mis sentimientos, mis actitudes, mi comportamiento en una acción integradora de todos los elementos de mi personalidad.

Esencialmente la fe cristiana es conocimiento, asentimiento, confianza y entrega: conocimiento de la verdad revelada y transmitida por la Palabra escrita; adhesión mental a su contenido; confianza en que la Palabra de Dios es la verdad y, sobre todo, confianza en Dios mismo y en su fidelidad para cumplir sus promesas. La manifestación final de la fe es la entrega del creyente a Cristo, su Salvador y Señor, para servirle con gratitud. Todo ello no es resultado de razonamientos por parte del creyente. Proviene de la Palabra de Dios (Ro. 10:17) oída, creída y aceptada. En ese proceso la actuación del Espíritu Santo es decisiva. Sin embargo, esa acción no excluye la reflexión de la mente a medida que la Palabra la ilumina. De lo contrario sólo tendríamos la «fe del carbonero»; llegaríamos a creer sin saber concretamente qué ni por qué. No obstante, conviene estar prevenidos contra al peligro de caer en el dogmatismo. La fe debiera estar siempre abierta a una comprensión más amplia y profunda de la verdad.

¿Puede considerarse esta fe compatible con la razón? Indudablemente, siempre que se recuerde el carácter de la una y de la otra, así como las limitaciones de la última. La fe generada por la Palabra de Dios trasciende lo natural, lo visible y lo temporal para introducirnos en lo sobrenatural, lo invisible y lo eterno. Según la carta a los Hebreos, «la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (He. 11:1), y como ejemplo, la misma epístola menciona a Moisés, quien «por la fe se mantuvo firme como viendo al invisible» (He. 11:27). Pero dentro de este orden sobrenatural la fe no anula la razón; simplemente la supera; instruida por la Palabra, llega adonde la razón no puede llegar. Por tal motivo, la razón debe respetar el plus de conocimiento otorgado a la fe, del mismo modo que la fe ha de honrar a la razón y beneficiarse de los apoyos que en algunos momentos puede prestarle. La apologética cristiana, mayoritariamente, así lo ha entendido, como se ve en la historia de la Iglesia. Aunque autores como Tertuliano, preconizaron un divorcio total entre la fe y la filosofía, muchos otros han aplaudido la *fides quaerens intellectum*, la fe que busca entender, aun reconociendo que la fe es una fuente inestimable de conocimiento. Anselmo de Canterbury confesaba: *Credo ut intelligam*, creo para comprender. Y a esta máxima añadía: «Deseo, Señor, comprender tu verdad que mi

corazón cree y ama. Porque no busco entender para poder creer, sin que creo para poder entender». Sin duda, se hacía eco de la fórmula de Agustín: *Intellige ut credas, crede ut intelligas*, entiende para creer y cree para entender.

Y si alguien persiste en un racionalismo excluyente, resistiéndose a creer lo que no ve o entiende, hará bien en reflexionar sobre las palabras de Jesús al incrédulo Tomás. «Porque me has visto, Tomás, has creído. Dichosos los que no han visto y, sin embargo, creen» (Jn. 20:29).

José M. Martínez

Pilares de mi fe cristiana

En el tema del pasado mes de agosto apuntaba la posibilidad de escribir un artículo sobre la razonabilidad de la fe cristiana. La posibilidad se hace realidad con el «Tema del mes» correspondiente a septiembre.

Como el lector podrá ver, no se trata estrictamente de un artículo, sino más bien de un testimonio personal de lo que en mi vida ha dado mayor consistencia a mis convicciones. No oculto que en su elaboración me ha parecido oportuno un enfoque positivista, basando el conocimiento en la observación y la experiencia. Mi fe, más que en ideas, se apoya en hechos. Descansa sobre cuatro pilares de solidez para mí incuestionable: la existencia de la Iglesia cristiana, la Biblia, la persona de Cristo tal como aparece en la Biblia y, en último lugar, mi propia experiencia.

I. La iglesia

Son muchos los creyentes que, como yo, han conocido el Evangelio en una congregación cristiana. En su seno han crecido espiritualmente; han aprendido más y más de la Palabra de Dios predicada en los cultos; se han gozado en la comunión con los hermanos y han encontrado estimulantes oportunidades de servicio. La iglesia es para ellos una familia acogedora, una auténtica bendición que enriquece espiritualmente y vigoriza la fe. Con todo, no me sorprendería que en el rostro de más de un lector se dibujase una mueca irónica de escepticismo. ¿La Iglesia, con sus muchas debilidades, apoyo de mi fe? ¿Acaso no ha sido la Iglesia cristiana protagonista de episodios nada edificantes en el curso de la historia? En algunos momentos ¿no se ha prostituido con los poderes temporales de este mundo y ha caído con ellos en toda clase de injusticias? La conducta de muchos de sus miembros, incluso de algunos de sus líderes, ¿no ha sido tristemente escandalosa?

A fuer de sinceros, hemos de decir que sí, que todo eso es verdad. Pero yo veo en esta Iglesia una iglesia **nominal**, una institución de corte humano que no corresponde a la realidad de la Iglesia como comunidad de creyentes en Cristo que de todo corazón aman a Dios y andan en el camino del Evangelio. Los miembros de esta Iglesia, **espiritual**, están esparcidos por todo el mundo, encuadrados en comunidades de diferentes denominaciones, dando testimonio de su fe y de su vida nueva en Cristo, irradiando la luz de la verdad y del amor en favor de una humanidad desdichada. Es cierto que tampoco ellos son perfectos; están expuestos a flaquezas e inconsistencias; pero globalmente su vida es un ejemplo inspirador. ¡Cuántos de ellos han asombrado al mundo con su pureza de costumbres, su altruismo, su fervor cristiano, su abnegación y entrega al servicio de Cristo, que ha sido también servicio al prójimo! Poco tiempo después de mi conversión al Evangelio, llegó a mis manos el libro «Héroes y mártires de la obra misionera», de Juan C. Varetto. Su lectura me impactó profundamente. A medida que leía, más y más quedaba fascinado por aquellos héroes de la fe. Y mi propia fe se robustecía.

Pero no han sido únicamente las biografías que he llegado a leer las que me han ayudado espiritualmente. Mi relación personal con pastores fieles y miembros sencillos de iglesia, amantes de su Salvador, han contribuido igualmente al fortalecimiento de mi fe. No puedo olvidar la impresión que produjo en mí el modo como vivía su devoción privada el hombre que por primera vez me habló del Evangelio. Obrero en una fábrica de neumáticos, trabajaba en el turno de la mañana que comenzaba a las 6. Él se levantaba a las 4 de la madrugada para poder leer sin prisas un capítulo de la Biblia y la página diaria correspondiente del «Libro de Cheques del Banco de la Fe», de C.H. Spurgeon. Concluido su tiempo devocional, tomaba un ligero desayuno y salía en bicicleta hacia la fábrica, distante unos cuatro kilómetros. Ya en el exterior, su trabajo y sus relaciones

humanas indicaban que «había estado con Jesús». Más de una vez, al recordar su ejemplo, me he sentido un tanto avergonzado, convencido de que yo, en su lugar y circunstancias, seguramente habría recortado la hora dedicada a la lectura de la Biblia y la oración. Pero todavía, años después de su partida, me hace bien su modo de vivir la fe. No es menor el beneficio que he recibido de algunos compañeros en el ministerio, pastores, teólogos y escritores de diferentes países que, con la lucidez de sus ideas y la coherencia de su vida, me han sido de gran estímulo.

Lo dicho no significa que todo en la auténtica Iglesia del Señor es hermoso y edificante. En ella también se viven experiencias dolorosas, descorazonadoras. Son las espinas que acompañan, pero no ocultan, a las rosas. Yo procuro no pincharme, pero no me aparto del rosal. Y bendigo a Dios por la Iglesia en cuyo seno mi fe crece. Veo en la iglesia, en su existencia, en su supervivencia y crecimiento un milagro de la gracia de Dios. Sin ese milagro, hace siglos que la Iglesia habría dejado de existir; nuestras torpezas y nuestra carnalidad ya la habrían destruido. Por todo ello, la Iglesia es pilar de mi fe.

II. La biblia

En el proceso de mi observación descubro otro hecho fundamental: la Iglesia está estrechamente vinculada a la Biblia. Se nutre de sus páginas. De ellas extrae las doctrinas que configuran su credo, recibe la orientación ética para regular su conducta y el aliento para perseverar en la fe. Los momentos más luminosos de la Iglesia han sido aquellos en que ésta ha valorado la Sagrada Escritura, la ha creído, la ha practicado y la ha proclamado fielmente.

Eso me lleva a leerla atentamente. Como resultado, advierto que su contenido está entroncado en la historia de la salvación humana. Es testimonio elocuente de que «Dios ha hablado de muchas maneras en otros tiempos...» y que finalmente «nos ha hablado por medio de su Hijo» (He. 1:1-2). La Biblia recoge esa revelación. No sólo da testimonio de que ésta ha tenido lugar, sino que constituye su depósito más fiable.

A través de los tiempos la Sagrada Escritura ha sido objeto de ataques de toda índole. Algunos enemigos del cristianismo, como el emperador Diocleciano en el siglo IV y la Inquisición (en su obsesión dogmática antiprottestante) en tiempos posteriores, han tratado de destruirla materialmente arrojando al fuego multitud de ejemplares. Otros la han atacado con objeciones críticas o de carácter filosófico. Pero todo ha sido en vano. Comparable a un inmenso cubo geométrico, la Biblia se mantiene estable por más vueltas que se le dé. Sigue siendo el Libro por excelencia, el más traducido (a más de dos mil lenguas), el más leído, el más estudiado y comentado, el que mayor influencia ha tenido en la cultura occidental, el que más vidas ha transformado, el que más corazones ha consolado, el que más acciones abnegadas y heroicas ha inspirado. En él millones de creyentes han encontrado una fuente de inspiración, de confianza, de fuerza, y han podido decir como el salmista: «Lámpara es para mis pies tu Palabra y luz para mi camino» (Sal. 119:105). No es, pues, extraño, que la Iglesia se afirme sobre la Biblia y venga así a ser «columna y baluarte de la verdad» (1 Ti. 3:15).

Mi fe halla sostén en la Biblia porque me cautiva su mensaje. Conozco muchos de los argumentos que se esgrimen para desacreditarla. Y reconozco que en ella hay pasajes de difícil interpretación. Algunos plantean innegables dificultades; unas de tipo lingüístico; otras de carácter metafísico o incluso ético. Y no siempre damos con las claves hermenéuticas que las aclaren de manera plenamente satisfactoria. Confieso que la lectura de la Biblia a veces ha suscitado en mi mente preguntas para algunas de las cuales aún no he hallado respuesta del todo convincente. Pero la suma de todos los problemas y de todos los interrogantes pasan a una periferia en la que pierden toda posibilidad de socavar mi fe. Miro al contenido bíblico en su conjunto y lo veo como un

bloque sólido, grandioso, digno de credibilidad. Me maravilla la revelación que hace de Dios. Me sobrecoge la descripción del hombre, en su grandeza y en su miseria. Me entristece su cuadro del pecado, en el que sobresale la inveterada tendencia del ser humano a independizarse de Dios para vivir a su antojo. Me conmueven las trágicas consecuencias del pecado que tan vívidamente se ven en innumerables textos bíblicos, corroborados por la historia. Sobre todo me asombra y fascina el amor de Dios, en perfecto equilibrio con su justicia, siempre en acción con miras a la salvación de los humanos. Me impresiona la progresión coherente de la revelación especial de Dios en el Antiguo Testamento, paralela a la historia de la salvación, y su apoteósica consumación en Cristo. La revelación divina, tal como se nos presenta en la Biblia, es semejante a un gran río; de escaso caudal en su nacimiento, va creciendo a medida que avanza con las aguas de sus afluentes, ganando anchura y profundidad hasta que desemboca en la inmensidad del mar. Dios comenzó a revelarse a los patriarcas, para continuar haciéndolo mediante los profetas. La revelación del plan salvífico de Dios va adquiriendo amplitud y claridad crecientes y finalmente culmina con el anuncio y advenimiento del Mesías Redentor.

No menos asombroso es el hecho de que la Biblia, escrita por hombres de épocas distintas, en diferentes contextos circunstanciales y sociales, presenta una unidad sorprendente, como si hubiese tenido un solo autor. La Biblia misma explica el fenómeno: los autores humanos escribieron bajo la inspiración del Espíritu de Dios (2 P. 1:21; 2 Ti. 3:16). La teología cristiana ha deducido de estos y otros textos la doctrina de la inspiración de la Escritura y la autoridad de la misma como **norma normans**, determinante de la fe y la conducta del cristiano.

En mis reflexiones llego al convencimiento de que la Biblia es mucho más rica, más profunda y convincente que cualquier especulación humana, superior a todas las doctrinas filosóficas y a toda idea política, social o religiosa. Y la acepto como Palabra de Dios viva que día a día vivifica mi fe.

III. Cristo

En el centro y como cumbre de la Biblia veo la figura esplendorosa del Señor Jesucristo. La encuentro en predicciones más o menos explícitas, así como en personajes, hechos y objetos simbólicos del Antiguo testamento; en la información fidedigna que sobre la vida, muerte y resurrección del Salvador nos proporcionan los Evangelios; en el tremendo impacto espiritual que Cristo produjo en la iglesia apostólica, como atestiguan el libro de los Hechos y las epístolas; en el Apocalipsis, donde sobresalen la soberanía de Cristo sobre su Iglesia y sobre los reinos de este mundo y su triunfo sobre todos los poderes que se oponen a su Reino.

Pese a que de Cristo se han tenido conceptos muy dispares (un gran maestro, un reformador social de ideas avanzadas, un líder pacifista, un mártir, el fundador de la más pura de las religiones), todas esas apreciaciones quedan muy por debajo de la realidad. Jesucristo es único, incomparable, si lo contemplamos a la luz de los testimonios que de él nos han dejado los evangelistas. Partimos del hecho de que tal testimonio existe: los cuatro evangelios. Éstos, sin ser biografías en sentido estricto, nos suministran información adecuada para que sepamos quién fue Jesús, qué enseñó, que hizo, cómo fue su carácter, qué pretensiones tuvo, etc. Y de toda esa información surge una figura colosal, infinitamente superior a los más insignes personajes de la historia. Tan extraordinaria es esa figura que algunos críticos han negado su objetividad. Es -dicen- producto de la imaginación enfervorizada de los primeros discípulos, quienes aureolaron a su Maestro con la gloria de la divinidad. Pero una crítica desapasionada, nos impide llegar a esa conclusión. Si el Cristo de los evangelios, con sus milagros, sus enseñanzas maravillosas y su perfección moral hubiese sido un «invento» de los evangelistas, la obra

de éstos habría sido un verdadero milagro, muy poco creíble en hombres sencillos, escasos de comprensión, de mentalidad terrena (Mr. 8:14-21), mucho más dados a la duda y la incredulidad que al ensalzamiento romántico de un ser amado. Sería creer lo increíble pensar que los seguidores del hombre más puro y amante de la verdad, hubiesen desfigurado la imagen de Jesús, y que en defensa de su testimonio adulterado hubiesen arriesgado -y en algunos casos dado- su propia vida. Resultaría, además, que un falsedad tuvo una fuerza moral y espiritual que ha transformado a millones de seres humanos. ¡Un prodigio inconcebible! Es mucho más razonable creer en la veracidad de los primeros testigos y en sus palabras. He aquí lo declarado por los apóstoles Pedro y Juan: «Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosamente inventadas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad.» (2 P. 1:16). «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de vida... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos» (1 Jn. 1:1-3).

Si nos atenemos a lo escrito en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento, pronto nos percatamos de la grandeza humana y sobrehumana de Cristo. Los discípulos obraron milagros en el nombre de Jesús, pero él los realizó por el poder que encarnaba en su persona. Sus enseñanzas, recibidas del Padre, las impartía con su autoridad personal («oísteis que fue dicho... mas yo os digo...», Mt. 5:21-22, 27-28, 31-32). Para el hombre en su estado de perdición sólo ve un remedio: un nuevo nacimiento por obra del Espíritu mediante la fe (Jn. 3:3, 5-6, 16). Descubrimos asimismo lo extraordinario de sus palabras y de su obra. Su mensaje es «buena nueva». Proclama la salvación y la incorporación al Reino de Dios. A través de sus enseñanzas revela la grandiosidad de Dios, de su justicia y su amor. Ahonda en los abismos de la naturaleza humana, creada «en el principio» a imagen de Dios, pero desfigurada, corrompida y ensuciada por el pecado. Presenta su obra redentora como la meta de su vida en la tierra («El Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido», Mt. 18:11). En cuanto a sus enseñanzas morales, a cuya altura vivió él siempre, nadie jamás ha podido igualarlas, mucho menos superarlas. En sus máximas y en su conducta fue el ejemplo perfecto de lo que debe ser todo ser humano. Aun hombres no cristianos como Gandhi han hallado en el Sermón del Monte las normas éticas más elevadas que ha conocido la humanidad.

Entre todas estas facetas del mensaje tienen especial relieve algunas pretensiones de Jesucristo que en cualquier otro hombre serían absurdas, hilarantes, síntoma de megalomanía paranoica. Un ejemplo: su plena identificación con Dios («El Padre y yo somos una sola cosa», Jn. 10:30). Fue sin duda este concepto de su identidad lo que le llevó a hacer de sí mismo la clave de la revelación divina y de la salvación humana. Los fundadores de las grandes religiones han basado su mensaje en unas doctrinas determinadas. Jesús lo basó en su propia persona, a la que dio atributos inauditos. Él dijo: «Yo soy el pan de vida» (Jn. 6:35), «el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salte para vida eterna» (Jn. 4:14), «yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn. 8:12). Nunca dijo: «El que cree en mi doctrina se salvará», sino «el que cree en mí tiene vida eterna» (Jn. 3:16).

Otra prerrogativa divina que Jesús se atribuyó fue la facultad de perdonar pecados. Tenían razón los fariseos cuando dijeron que nadie puede hacer tal cosa sino sólo Dios; pero Jesús dijo al paralítico: «Tus pecados te son perdonados»; y sin ambages, para demostrar que poseía tal facultad, lo sanó.

La pretensión de divinidad se puso asimismo de manifiesto al aceptar ser objeto de adoración. Él, que había rechazado al diablo citando un texto áureo del Antiguo Testamento («Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás», Mt. 4:10), permitió la adoración fervorosa de la mujer hemorroísa (Mt. 15:25), del endemoniado gadareno (Mr. 5:6) y de sus propios discípulos (Mt. 14:33, 28:9, 17). En todos estos casos o estaba

usurpando un honor correspondiente sólo a la Divinidad o realmente, además de hombre, era Dios. ¿Era todo fruto de una fantasía incontrolada? Si así hubiese sido nos hallaríamos ante lo más insólito: un hombre víctima de un grave desorden mental habría originado el movimiento espiritual más poderoso que ha conmovido el mundo y se habría convertido en fuente de paz, certidumbre y esperanza para millones de hombres y mujeres en todos los países a lo largo de los siglos. En el transcurso del tiempo se han desmoronado y han desaparecido sucesivos imperios. Se han debilitado y desvanecido poderosas ideologías que en su tiempo parecían destinadas a imponerse en toda la tierra. Pero el reinado de Cristo perdura aún en la vida de millones de sus seguidores. Tenía razón Napoleón cuando, preso en la isla de Santa Elena, declaró:

«Alejandro, César, Carlomagno y yo mismo hemos fundado grandes imperios; pero ¿de qué han dependido? De la fuerza. Sólo Jesús fundó su imperio sobre el amor, y hoy millones morirían por él... todos aquellos fueron hombres, y yo soy hombre; nadie más es como él; Jesucristo es más que hombre... Este fenómeno es inexplicable... El tiempo, gran destructor, es impotente para extinguir esta sagrada llama; el tiempo no puede ni agotar su energía ni limitar su extensión. Esto es lo que más me impresiona... lo que me demuestra convincentemente la divinidad de Jesucristo.»

Y Renan, renombrado filósofo y teólogo francés del siglo XIX, pese a su rechazo del elemento sobrenatural en la vida de Cristo, se vio forzado a afirmar que, «sea lo que sea que el futuro nos depare, Jesús nunca será superado».

Yo hago míos esos testimonios y los de muchos más hombres ilustres que han reconocido la grandiosidad inigualable de Jesús, y los suscribo con un fervoroso «Amén», un amén que significa no «así sea», sino «así es». En los inicios de la experiencia religiosa que me llevó a la conversión la lectura de los evangelios fue para mí decisiva. La figura del Hijo del hombre se me hacía cada vez más fascinante. Y más cautivadora. Quedé «prendado y prendido de Jesucristo». Desde entonces, él ha sido el soporte más sólido de mi fe.

IV. Mi experiencia personal

Reconozco que hay un elemento de verdad en la objeción de que la experiencia es poco fiable si se usa como punto de apoyo de la fe. Tiene un carácter totalmente subjetivo y es susceptible de variaciones contradictorias. Las mismas vivencias que consolidan mi fe pueden destruir la fe de otros. Algunos supervivientes de los campos de concentración nazis salieron más creyentes porque veían la mano protectora de Dios en su liberación. Pero otros, como el judío Elie Wiesel, premio Nobel, sufrieron una honda crisis espiritual. Para una misma persona las pruebas de la vida pueden ser crisol purificador y enriquecedor de su fe (1 P. 1:6-7), pero también pueden sacudirla y debilitarla con dudas letales. Globalmente no podría decirse que la experiencia, por sí sola, es un puntal resistente de la convicción religiosa. A menos que esté sólidamente trabada a los pilares objetivos antes considerados (Iglesia, Biblia, Cristo), fácilmente puede la fe desmoronarse.

Sin embargo, como columna suplementaria, unida a las anteriores, la experiencia puede contribuir al afianzamiento de la fe. Pese a los altibajos que puede presentar, yo veo claramente que mi vida no está regida por un azar ciego. Se desarrolla conforme a un propósito sabio y amoroso de Dios. Percibo un hilo continuado que engarza admirablemente los acontecimientos más significativos de mi vida. Esta percepción está corroborada por la doctrina bíblica de la providencia divina, según la cual «todas las

cosas cooperan para bien de los que aman a Dios» (Ro. 8:28). También en la Escritura descubro que, como en los casos de Jeremías (Jer. 1:5) y Pablo (Gá. 1:15), aun antes de mi nacimiento mi destino estaba en las manos de Dios, y puedo decir con el salmista: «Mi embrión lo veían tus ojos, mis días estaban previstos, escritos todos en tu libro, sin faltar uno» (Sal. 139:16). Veo clarísimamente que un día Dios empezó una buena obra en mí, y su Palabra me asegura que «el que empezó la buena obra» (en mí) «la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Fil. 1:6).

A lo largo de mi existencia he vivido experiencias de todo tipo. Sin duda, en el plan divino para mí no entraba un camino inacabable de rosas. Muchas veces el camino se ha hecho difícil, árido, penoso. He experimentado la pobreza, el hambre, el frío, la enfermedad (delicadas operaciones quirúrgicas incluidas), la humillación de la intolerancia religiosa. Por la senda de mi vida ha transitado a menudo, muy cerca de mí, el maligno con insidiosas tentaciones. Y no siempre he salido totalmente indemne de sus ataques. He conocido el límite de mis fuerzas, y mis debilidades. También las de otros compañeros de viaje. He vivido horas de bajamar espiritual. He sufrido, he orado, a veces agónicamente, y no he sido ajeno a la experiencia del desfallecimiento y de la sequía espiritual. Momentos ha habido en que espiritualmente todo se volvía oscuro. Todo parecía tambalearse. Pero siempre ha habido una recuperación. Ha vuelto a lucir el sol. La conmoción ha cesado. En algunos trechos del camino he vivido experiencias que parecían auténticos milagros. La mano bondadosa del Señor se veía claramente. Resultado final: una fe confirmada que me permite decir con el apóstol: «Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día (el día de Jesucristo)» (2 Ti. 1:12). De hecho mi confianza, en realidad, descansa mucho más en el poder de Dios que en el valor de mi experiencia.

Más de una vez he pensado -y sigo pensando- que a estas alturas de mi vida, dada la solidez de los pilares de mi fe, me resulta imposible renunciar a ella. Como Jefté, aunque en un contexto muy diferente del suyo, digo: «He dado palabra al Señor y no puedo volverme atrás» (Jue. 11:35).

José M. Martínez

«Tema especial»

Dada la honda impresión que los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos han tenido en el mundo entero, hemos optado por una reflexión sobre este acontecimiento en el "Tema del Mes" correspondiente a octubre.

Cuando el mundo entero tiembla

Veinte días después del horrible suceso, todavía resuenan los ecos de las explosiones, de los derrumbamientos, de los ayes angustiosos de las víctimas, del clamor del mundo contra los agentes y los dirigentes del terrorismo... La fecha del 11 de septiembre de 2001 quedará en los anales de la historia como una de las más macabras y estremecedoras. Las famosas «torres gemelas» de Manhattan (Nueva York) y otros edificios colindantes, así como una parte del Pentágono en Washington, quedaron completamente destruidos. Montones ingentes de escombros. Más de seis mil desaparecidos, en su mayoría sepultados entre las ruinas. El mundo financiero peligrosamente sacudido. Y un pánico generalizado en la población de los Estados Unidos y de otros países occidentales no sólo ante la posibilidad de nuevos atentados de gran magnitud, sino por la perspectiva casi inevitable de una recesión económica global que sumiría a miles de familias en el paro y quizá en el desamparo. Se teme asimismo con inquietud la reacción que los atentados han producido ya. Nada más funesto que un proceso de acción-reacción en el que lo uno y lo otro se sucedieran en una espiral de límites impredecibles. Sería comparable a una erupción del mismísimo infierno. Menos mal que el presidente Bush ha renunciado al título de su operación de represalia, «Justicia infinita», y lo ha sustituido por el de «Libertad perdurable», mucho más en consonancia con los principios cristianos que él mismo propugna. Ni Dios mismo en su Palabra califica su justicia como infinita. Sí se nos presenta como infinita su misericordia (1 Cr. 16:34; Esd. 3:11; Sal. 106:1).

Mucho se está especulando sobre las causas del terrorismo. En el caso de los actos cometidos el 11 de septiembre la horrenda masacre se atribuye al fanatismo religioso de musulmanes imbuidos de odio al «occidente cristiano», especialmente a los Estados Unidos. La tensión parece agravada por el conflicto árabe-israelí, que incesantemente gotea sangre y lágrimas. Otros comentaristas ven en el fondo de la cuestión el descontento amargo de unos pueblos que se sienten humillados, marginados y explotados por los países ricos. Podría ser un fenómeno parejo al movimiento antiglobalización, de proporciones crecientes y crecientemente agresivo. Se piensa, no sin razón, que lo acaecido y lo que puede suceder aún en el propósito de acabar con el terrorismo debiera mover a los estadistas del mundo a reflexionar sin hipocresía sobre la pobreza y las grandes desigualdades económicas entre las diversas naciones. Algo va mal si, mientras grandes multinacionales obtienen beneficios anuales que rayan en lo escandaloso, millones de seres humanos desfavorecidos perecen víctimas del hambre o la enfermedad. ¿Por qué no convocar una gran conferencia mundial en la que los expertos y los políticos más influyentes, con menos apego a sus propios intereses y más espíritu solidario, estudiaran las causas de la situación que tanto odio y violencia genera? Algunos analistas cristianos ven en la hecatombe causada por el terrorismo un juicio indirecto de Dios sobre un mundo que le da la espalda, inmerso en el secularismo y en formas diversas de ateísmo.

No es el terrorismo islámico el único que atormenta al mundo. En menor escala, determinados movimientos nacionalistas de vía estrecha optan por la violencia como vía para imponer sus ideas y aspiraciones, perdiendo de vista que uno de los factores más

importantes de progreso hoy es la integración, no la fragmentación. Se observa asimismo un espíritu de intolerancia en no pocos «profetas» que arremeten contra otras creencias, especialmente contra las más tradicionales (entre ellas el cristianismo), y, aunque pacíficas físicamente, siembran las semillas de un enfrentamiento que puede ser demoledor.

Dejamos para los especialistas el análisis político, económico, cultural o religioso de la agresividad en cualquiera de sus formas. Por nuestra parte, en el marco propio de «Pensamiento Cristiano», nos limitaremos a algunas breves consideraciones derivadas del testimonio bíblico.

Es significativo que muy pronto, tras la rebelión del hombre contra Dios, en las relaciones humanas aparece la violencia homicida con todo su horror. Caín no puede sufrir que la ofrenda de su hermano Abel sea más aceptable a ojos del Creador que la suya. Así nace en él la envidia, y con la envidia el odio. El hermano se ha convertido en contrincante molesto. Hay que aniquilarlo. «Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató.» (Gn. 4:8). En el fondo del fondo, la causa de la primera muerte violenta en el mundo se debió al amor propio herido de un hombre. Su YO había sido insufriblemente lesionado. Se imponía la venganza. El egocentrismo, que había perdido a Adán, perdió a Caín, y sigue perdiendo a la humanidad. El egoísmo incontrolado engendra ambición, con ansias irrefrenables de posesión, poder y placer. En ese afán, algunos seres humanos son encumbrados a cimas de prosperidad y honor, mientras que otros, menos favorecidos, se entregan al resentimiento, a la hostilidad, a la ferocidad salvaje. Esta disparidad de destinos se da igualmente entre pueblos. De ahí las guerras, abiertas o solapadas. Y el terrorismo.

Algunos pensadores optimistas han cantado las excelencias del hombre y su capacidad para el progreso, lo que le llevará finalmente a acabar con la agresividad y establecer relaciones de concordia y prosperidad en una Arcadia venturosa. No parece que esta idea llegue algún día a convertirse en realidad. Los dirigentes de los Estados han tratado repetidas veces de desterrar definitivamente los conflictos bélicos y han firmado acuerdos, tratados de paz, etc. que las más de las veces han tenido efectos efímeros. En el siglo XX se crearon asociaciones internacionales como la Sociedad de Naciones a raíz de la la Guerra Mundial y la ONU tras la segunda. Pero ya vimos lo limitado de su acción pacificadora. A la segunda Guerra Mundial, la más encarnizada y devastadora de la historia, siguió la guerra fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, controlada sólo por el fantasma de la bomba atómica. Más recientemente han ido proliferando movimientos terroristas de diversa índole que siembran pánico, destrucción y muerte en los lugares más insospechados de la tierra. ¿Es que no hay solución a tal problema? Al parecer, no, al menos mientras no se produzca en los seres humanos un cambio radical, el cambio que el Evangelio llama «nuevo nacimiento» por la fe en Jesucristo. Sólo de este modo podrá verse un día hecho realidad el anuncio profético escogido por las Naciones Unidas para esculpirlo a modo de lema en el muro frontal de su edificio en Nueva York: «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. Is. 11:6».

Desde la perspectiva humana, no hay solución. La historia lo demuestra. Por eso el mundo hoy tiembla. Pero en la perspectiva divina se avistan «cielos nuevos y tierra nueva en los que mora la justicia» (Is. 65:17; Is. 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1). En esa nueva creación culminará la manifestación del Reino de Dios, que es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Ro. 14:17). De ese Reino será excluida radicalmente toda forma de injusticia, de inmoralidad y de violencia (Ap. 21:8). La manifestación del Reino de Dios ha empezado a verse en los seguidores de Cristo ya ahora, aunque borrosamente a causa de las imperfecciones y debilidades de ellos y de que los reinos de este mundo todavía están bajo el dominio del maligno (Ef. 2:2; Ef. 6:12). Pero cuando Cristo retorne en su

segunda venida, el reino será visto en la plenitud de su perfección y gloria. Por algo el Señor Jesucristo incluyó en la oración del Padrenuestro el ruego «Venga tu Reino» y la Iglesia cristiana de todos los tiempos ha clamado: «Ven, Señor Jesús» (Ap. 22:20). Pero al mismo tiempo, mientras espera a su Señor, la Iglesia ha de ser luz del mundo y sal de la tierra, sembradora de amor, de concordia, de reconciliación. El día que los hombres entiendan y acepten el Evangelio ya no habrá lugar para el terrorismo con toda su carga de horror y muerte. Y en el día de Cristo tampoco lo habrá para las restantes secuelas del pecado. Ni muerte; ni llanto, ni clamor, ni dolor. Todo habrá sido cambiado por Aquel que dice: «He aquí yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:4-5).

José M. Martínez

¿«...Y en la tierra paz»?

Los pastores debieron de quedar anonadados aquella noche en los campos de Belén. La oscuridad, el silencio y el sosiego se vieron interrumpidos por un acontecimiento espectacular. Súbitamente, un resplandor glorioso. Y la voz de un ángel que anunciaba la noticia más sensacional de cuantas han llegado al oído humano: «Os ha nacido un Salvador». Seguidamente una multitud de seres celestiales prorrumpiendo en un cántico inspirador: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz...» (Lc. 2:14). ¿Estaba amaneciendo un día nuevo en el que los hombres disfrutarían de apacibilidad, ajenos al tumulto, la devastación y la muerte causados por las guerras?

El anuncio y la historia

Si hubiéramos de interpretar la narración evangélica a la luz de la historia posterior, podríamos pensar que lo dicho por los ángeles era una fantasía utópica, casi un sarcasmo. Las tierras bíblicas en ningún momento se vieron disfrutando verdaderamente de *shalom*. En los días de Jesús no faltaron enfrentamientos armados de guerrilleros judíos con los soldados romanos. Durante la Edad Media las Cruzadas cubrieron de sangre los lugares sagrados. El nacimiento del moderno Estado de Israel ha dado lugar a varias guerras. Y aún hoy son incesantes las encarnizadas luchas entre palestinos e israelíes. En la propia Belén, hace escasas semanas, los tanques del ejército israelí patrullaban por sus calles. Una vez más, disparos, alaridos, muertes.

Pero no es solamente en ese rincón del mundo donde resuena el estruendo bélico. Los últimos años del siglo XX, cuando Europa aún no estaba recuperada de los horrores de la segunda guerra mundial, y de la «guerra fría» que siguió, un nuevo conflicto en los Balcanes ha mostrado la proclividad humana a resolver los problemas de los pueblos mediante las armas, cada vez más destructivas. Fuera de Europa el panorama no es más propiciado de esperanza. Horrendas luchas tribales en África. Conflictos económicos, étnicos y políticos en los países del Golfo Pérsico, el Irak de Sadam Hussein. Lo más sobrecogedor y reciente: la guerra desatada por Bin Laden contra Occidente. Los atentados de *kamikazes* islámicos contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono en Washington. La guerra en Afganistán entre las fuerzas aliadas de Occidente y los talibanes afganos. ¡Horror sobre horror! Ángeles de Navidad, ¿de veras aquel día anunciabais paz? ¿Dónde? ¿Para cuándo? ¿Cómo?

Etiología de la guerra

Antes de contestar esas preguntas, conviene pensar en las causas de la guerra y la agresividad en general. En opinión de algunos, la cuestión es simple; se trata de un fenómeno meramente etológico. A semejanza de muchos mamíferos, el hombre se rige por sus instintos feroces cuando ve peligrar su supervivencia, su emparejamiento procreador o la parcela de su dominio. Pero el fenómeno no es tan sencillo, como nos muestran la psicología y la antropología. En muchos casos el comportamiento humano es regido por principios morales que dan a su vida un sentido de trascendencia y controlan sus impulsos más primitivos. El hombre no es un bruto exiliado de la selva. Es mucho más que el más encumbrado de los irracionales.

El testimonio inspirado de la Biblia nos dice que fue creado a imagen de Dios para vivir en comunión con él y en paz con el resto de la creación. Todo al principio respiraba armonía y auguraba un futuro idílico. Pero algo vino a trastornar el orden original de la creación. En el escenario edénico irrumpió un grave elemento discordante: la rebelión de la criatura contra la autoridad suprema del Creador. Destronado Dios de la mente y del

corazón, los humanos sólo reconocerían como forma de gobierno la autonomía más absoluta. El trono vacío sería ocupado por el yo de cada individuo. Las normas de conducta no estarían determinadas por lo justo, lo noble, lo amable, lo benéfico. Se actuaría defendiendo cada uno sus propios intereses, aunque para lograrlo hubiera de recurrir a la violencia. Recordemos lo escrito en el «tema del mes» de octubre acerca de Caín. Este hombre vio amenazado su prestigio cuando la ofrenda de su hermano Abel fue preferida por Dios. La herida inferida a su amor propio le resultaba intolerable. Y con crueldad violenta asesinó a su hermano. Poco tiempo después Lamec superó en agresividad al primer fratricida con un anuncio tremebundo: «Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad lo será setenta veces siete» (Gn. 4:24). La ira de Caín y la soberbia de Lamec vinieron a ser semillas infernales que brotarían con fuerza en sus descendientes y darían lugar a la trágica cosecha de conflictos violentos que ha conocido la humanidad. A lo largo de los siglos, la envidia, el odio, la altivez, el afán de gloria o de dominio, la política arrogante de algunos estados, la oposición violenta de minorías subversivas, etc. han encendido las contiendas cruentas de todos los tiempos. Y no parece que esta cosecha esté próxima a concluir. Hay todavía demasiada injusticia en el mundo, demasiada ambición, demasiada desigualdad. Son demasiados los pueblos en vías de desarrollo cuyos habitantes en su mayoría sufren hambre o incluso sucumben bajo el azote de la enfermedad, mientras unos pocos opulentos, carentes de solidaridad, viven en una abundancia indignante. No, no hay paz en el mundo. Ni la habrá si han de ser los hombres quienes la instauren.

Consecuencia de la pecaminosidad humana es también el conflicto del hombre consigo mismo, precursor de todos los demás conflictos. A menos que seamos narcisistas ególatras, en exceso tolerantes al juzgarnos, o que tengamos cauterizada la conciencia, descubriremos aspectos de nuestra personalidad y de nuestra vida que nos desagradan; nos gustaría vernos libres de ellos y ver sustituidos nuestros defectos por virtudes. No nos sorprende la sincera confesión del poeta inglés Tennyson: «¡Ojalá en mí surgiera un hombre tal que el hombre que soy no fuera!» El apóstol Pablo, describió ese conflicto interno con un realismo patético: «No comprendo mi proceder, pues no pongo por obra lo que quiero, sino que lo que aborrezco, eso es lo que hago... Yo sé que en mí no mora el bien, porque el querer el bien lo tengo a mi alcance, pero no el hacerlo; no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero.» (Ro. 7:15-19). Y tan derrotado se ve que exclama: «¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de esta muerte?» (Ro. 7:24). Para tal hombre, escindido en lo más hondo de su personalidad, no hay paz. Y de su colisión interior se derivan los conflictos en las restantes esferas de su vida. Es en la naturaleza caída del hombre donde hemos de buscar la raíz de todas las rivalidades en las relaciones humanas. Repárese el interior de cada individuo y se habrá salvado la sociedad. ¿Esperanza ilusoria?

Y sin embargo... PAZ

Ya hemos visto que el origen de la belicosidad humana está en la relación conflictiva del hombre con Dios, en la enemistad que ha generado en él su autoafirmación antagónica frente al Creador, Señor de todo y de todos. La consecuencia es que no habrá «paz en la tierra» mientras no se tribute «gloria a Dios en las alturas».

En la Biblia se da a Dios el título de «Dios de paz» (Ro. 15:33, 16:20; 1 Ts. 5:23). También se dice de él que «hace la paz» (Is. 45:7). Su Hijo, el Mesías prometido, es llamado «Príncipe de paz» (Is. 9:6). Toda forma de hostilidad es ajena a la voluntad divina. Por eso, a fin de acabar con el antagonismo del hombre en su relación con él, Dios lo llama a la reconciliación (2 Co. 5:19-20). Cuando ésta ha tenido lugar surgen hombres y mujeres nuevos con nuevos criterios y actitudes nuevas, todo inspirado en el Evangelio. Como consecuencia, hay paz en la conciencia (He. 10:22), pues «justificados por la fe,

tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 5:1). Hay paz en la esfera en que se desenvuelve nuestra vida (hogar, iglesia, lugar de trabajo profesional, vecindario, etc.). Hay paz entre los pueblos. En días apostólicos judíos y gentiles, distanciados y enemistados, fueron reconciliados y hechos un solo pueblo en la comunión de la Iglesia cristiana (Ef. 2:11-15). Y somos llamados a promover la paz por doquier. Si la humanidad se volviera a Dios y siguiera de veras a Jesucristo, de inmediato cesarían todas las contiendas.

En la perspectiva bíblica no se vislumbra una conversión masiva de pueblos y naciones. Más bien se nos advierte de que el mundo irá de mal en peor hasta el retorno de Cristo (Mt. 24:37-39; Lc. 17:28-29), lógica consecuencia del endurecimiento de las masas en posiciones de ateísmo, de materialismo o de indiferencia religiosa. Prevalece el espíritu de rebeldía contra Dios. Como indicara el salmista, gentes y gobernantes juntamente conspiran contra el Señor y claman: «Rompamos sus ligaduras y sacudamos de nosotros su yugo» (Sal. 2:1-3). Las ideas de Nietzsche siguen encandilando a muchos.

Pese a todo, la paz es una realidad en la experiencia de innumerables creyentes, quienes no sólo disfrutaban de la paz con Dios, sino también de la paz de Dios, la que él da a cuantos confían en sus promesas. Esta bendición se expresa en el Antiguo testamento con la palabra *shalom*, que no es simplemente ausencia de guerra; es un estado de sosiego y bienestar en el que se desvanecen el temor y la ansiedad. Pablo recoge este pensamiento y escribe en su carta a los Filipenses: «Por nada os inquietéis; antes bien, presentad a Dios vuestras peticiones... y la paz de Dios que supera todo conocimiento guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.» (Fil. 4:6-7). En el Nuevo testamento la paz de Dios es la paz de Cristo, la que él concedió a sus discípulos cuando poco antes de su detención, pasión y muerte, les dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14:27). Era su propia paz en medio de la turbación que le producía hallarse frente a la tragedia inminente (Jn. 12:27). Era serenidad cuando más arreciaba el peligro. Era luz en medio de las tinieblas, esperanza a pesar de las olas de sufrimiento que iban a abatirse sobre él. Esa paz es la que nos concede también a nosotros aun en las horas de mayor prueba si estamos cerca de él.

En lo que atañe al mundo, también la revelación divina nos ofrece una perspectiva esperanzadora, la de un futuro en el que se pondrá de manifiesto lo dicho en otro de los Salmos: Dios «hace cesar las guerras hasta los confines de la tierra» (Sal. 46:9). Actualmente el Reino de Dios, que es «justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Ro. 14:17), tiene una manifestación imperfecta y limitada. Pero vendrá un día cuando el Reino será consumado de modo perfecto, cuando ante Cristo «se doblará toda rodilla y confesará que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Fil. 2:10-11) Entonces la paz, fundamentada en la justicia y la soberanía de Dios, llenará la tierra. Se cumplirá lo profetizado por Isaías con metáforas sugerentes: «Morará el lobo con el cordero y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos y un niño los pastoreará... porque la tierra será llena del conocimiento del Señor» (Is. 11:6-9). En esa época los pueblos «volverán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Is. 2:4). Ante tal perspectiva nos sentimos movidos a rogar: «Padre nuestro que estás en los cielos... venga tu Reino».

Pero entretanto esperamos su plena manifestación podemos disfrutar de un anticipo de la misma, a la par que difundimos paz a nuestro alrededor. La Iglesia tiene una responsabilidad social que ha de asumir con fidelidad si ha de ser «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt. 5:13-14). Cada cristiano habría de hacer suya -y vivir en consonancia con ella- la conocida oración de Francisco de Asís:

*Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.
Allí donde haya odio que yo ponga amor,*

*donde haya discordia que yo ponga la unión,
donde haya error que yo ponga la verdad...
Donde haya desesperación que yo ponga la esperanza,
donde haya tinieblas que yo ponga la luz...*

En esta primera Navidad del siglo XXI, cuando aún soplan aires de guerra en el mundo, urge captar y transmitir el eco de la aclamación que los ángeles hicieron oír aquella noche en los campos de Belén.

José M. Martínez

Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España